

mos con perfecta tranquilidad gozar de las ventajas que nos asegura, sin preocuparnos de cambiarlo en lo más mínimo.

Tal es, á juicio mío, la única explicación que cabe dar de esa ceguedad sorprendente que inutiliza toda la bondad de los hombres más sensibles, que resultan compasivos para los animales, y asesinos despiadados de sus hermanos.

IV

Durante muchos siglos se pudo apaciguar las rebeliones del pueblo, hablándole de voluntad divina; entraba en los designios de Dios que algunos hombres fueran los señores todopoderosos de sus semejantes. La dureza de los amos hallaba en tal teoría una justificación y nuevos alientos. Pero un día los que estaban can-

sados de sufrir, protestaron de aquellas palabras y dudaron de ellas.

Hoy, pasa algo parecido. Los sabios aseguran, que por la fuerza de las leyes necesarias que rigen la evolución económica, algunos hombres deben amontonar capitales y otros hombres trabajar durante toda su vida para aumentar esas fortunas, esperando el día prometido de la socialización de los medios de producción. Esta teoría ha producido igual efecto que las antiguas doctrinas: ha aumentado la dureza de corazón de los privilegiados pero se puede notar ya, que pierde crédito, sobre todo cerca de los humildes, cuyo buen sentido no estaba oscurecido por la ciencia.

Se puede ver en las estaciones cómo se mata á los cargadores, por un trabajo continuo de treinta y siete horas, y se ve á las obreras en se-

derías, planchadoras, tipógrafos, millares de hombres llevar la existencia más dura y contraria á las simples leyes naturales, y someterse á un trabajo monotonó, embrutecedor, que no han escogido libremente. Es natural que os preguntéis quién ha podido lanzar á esos desgraciados en tal abismo de infortunios, y si no es posible retirarles de él. La ciencia se encarga de responderos. La condición de todos esos obreros, no es tan miserable, os dice, sino porque los ferrocarriles, los talleres, las fábricas de sederías, las tipografías, etc., pertenecen á los capitalistas. Pero pueden mejorar agrupándose en asociaciones, en sociedades cooperativas, y esforzándose cada día por medio de huelgas y por su participación en el poder, en adquirir mayor influencia sobre los patronos

y el gobierno. Así obtendrán la disminución de horas de trabajo, la elevación de los salarios, y lograrán, por fin, apoderarse de los medios de producción.

Entonces todo irá á pedir de boca; de momento, los hechos siguen su curso natural y es inútil tratar de cambiarlos.

Resulta imposible no ver que tal respuesta es una confesión de ignorancia. Es particularmente asombroso por lo que hace á los rusos. Y ante todo, la concentración de los medios de producción entre las manos de los capitalistas, nada tiene que ver con la triste condición de los cargadores, de las obreras en sederías ó de los millares de trabajadores que ejercen un oficio pesado, insano y embruteedor.

Todos estos hombres que actual-

mente remueven los fardos en las estaciones, tienen medios de producción que no han sido acaparados por los capitalistas. Tienen tierras, caballos, arados, todo lo que es necesario para cultivar un campo. Y esas mujeres que pasan su vida tejiendo sederías, tampoco se vieron constreñidas á ejercer ese triste oficio, porque se les hubieran quitado todos los medios de producción. Por lo contrario, ellas fueron quienes, en su mayoría, abandonaron por su propia voluntad la aldea, contra el deseo de sus padres y hermanos, quienes les rogaban que permanecieran en el campo para ayudarles en su trabajo, á fin de hacer fructificar los medios de producción de que disponía la familia.

En segundo lugar, los obreros no verían desaparecer sus sufrimientos, ni aun en aquel lejano porvenir de

que habla la ciencia por la disminución de las horas de trabajo, ni por la elevación de salarios, ni por la socialización de los medios de producción tan anhelada. Es verdad que se les hace trabajar muchas horas. Pero los labradores, que trabajan á veces diez y ocho horas de las veinticuatro que tiene el día, se consideran dichosos. También es verdad que se les paga de un modo insuficiente, y que se pueden quejar con justicia el no poseer una parte de los ferrocarriles y de las fábricas, cuya prosperidad es obra suya. Nada de eso es, sin embargo, la verdadera causa de su desgracia. Son desdichados, porque se les obliga á trabajar en condiciones insanas, antinaturales, á menudo peligrosas y funestas, porque viven en las ciudades acuartelados, amenazados por toda suerte de seducciones

inmorales, porque padecen y se fatigan por cuenta ajena, haciendo un trabajo que no han escogido libremente.

(Durante los últimos tiempos se ha disminuído las horas de trabajo, aumentado los salarios, y sin embargo, no veo yo que la condición de los obreros haya mejorado. Para la dicha de su vida, importa poco que puedan permitirse superfluidades lujosas: relojes, pañuelos de seda, tabaco, aguardiente, carne, cerveza; lo que importa es que recobren la salud, la moralidad y sobre todo la libertad.

En la fábrica de sederías que he citado, hace veinte años, casi todos los empleados eran hombres. Trabajaban catorce horas, y ganaban cada mes á lo sumo una docena de rublos, que enviaban á menudo á sus familias que permanecían en el pueblo.

Hoy, el personal está casi exclusivamente compuesto de mujeres; trabajan solamente once horas y se las paga veinticinco rublos cada mes. Pero no envían ningún dinero á sus familias y gastan la mayor parte de esa suma en engalanarse y en satisfacer sus caprichos y sus vicios. La disminución de las horas de trabajo, ha tenido por efecto inmediato permitir á los obreros más largas sesiones de taberna. En todas partes, en fábricas y talleres, á pesar de la disminución de la jornada de trabajo y del aumento de salario, empeora el estado sanitario, mientras que en la campiña siempre es satisfactorio. La duración media de la vida humana disminuye, desaparece la moralidad, y nada hay de extraño en ello, ya que ha perdido sus más seguras garantías, que con

la vida de familia y el trabajo de la tierra, que es el único razonable.

Es muy posible que por medio de ciertas reformas reclamadas por los economistas, pueda mejorarse hasta cierto punto la situación de las clases obreras. Es posible también que en algunos centros industriales, muy raros por otra parte, la vida de los obreros sea preferible por sus condiciones exteriores, á la de las poblaciones rurales. Este es el resultado de las medidas que el gobierno y la sociedad creyeron necesarias tomar para conformarse á las conclusiones de las doctrinas científicas, que á la vez aprovechan á los obreros y dañan á los labradores.

De ello puede deducirse únicamente que no hay situación, por muy afortunada que sea, que á fuerza de

vejeciones no se convierta en miserable; y que tampoco hay ninguna, por miserable y contraria á la naturaleza que sea, á que los hombres no puedan acostumbrarse á fuerza de padecerla muchas generaciones.

La desgracia de los obreros de las fábricas, y en general de todos los que trabajan en las ciudades, no dimana precisamente de cobrar poco por un trabajo excesivo, sino de no poder vivir de un modo normal en plena naturaleza y de verse privados de su libertad, obligados á hacer para otros un trabajo invariable é impuesto.

Así es que no se puede explicar el triste estado de la clase obrera por la concentración capitalista, ni mejorar esta situación disminuyendo las horas de trabajo, aumentando los salarios ó socializando los medios de produc-

ción. Para resolver el problema sería preciso buscar: las causas que han quitado á los obreros la posibilidad de una vida normal en plena naturaleza y les han impuesto la servidumbre en que les vemos; y luego los medios de substraerlos á las necesidades que les fuerzan á abandonar la vida libre de los campos por la esclavitud de las fábricas. Ante todo, debemos saber lo que ha arrojado á esos hombres de las aldeas, donde vivían sus antepasados, y en que podían vivir ellos mismos, y lo que les condujo contra su propia voluntad á las fábricas y á los talleres.

Puede haber en Inglaterra, en Bélgica, en Alemania, obreros cuyos ascendientes, desde hace muchas generaciones, trabajaban en los talleres como trabajan ellos. Esos, tampoco escogieron libremente tal método de

vida; son víctimas de causas antiguas que obligaron á sus antepasados á trocar por la vida penosa del taller, la fácil y suave de los campos. Según dice K. Marx, se despojó á los labriegos de sus tierras, se les arrojó de ellas y se les redujo á la condición de vagabundos, y luego se dictó contra ellos leyes crueles, y por las tenazas, el hierro candente y el látigo, se les obligó á servir los intereses particulares. Así, tratar de combatir las causas que obligan á los hombres á renunciar las alegrías de una vida tranquila para consagrarse á la desdicha, es tratar también de librar á los obreros de las miserias que soportan.

Estas causas, la economía política nos las indica rápidamente, pero no se preocupa en combatir las.

Procura únicamente mejorar en talleres y fábricas la suerte de los obre-

ros; pues para ella, es evidente que habrá siempre fábricas y talleres, como habrá siempre una clase obrera, que tienda á absorber las poblaciones rurales que no han dejado aún el trabajo de la tierra.

Este ha sido considerado por todos los sabios y poetas del mundo como la primera condición de una vida idealmente dichosa; por regla general, los obreros, por lo menos aquellos que no han contraído vicios, lo prefieren á los demás. Es sano y variado; el trabajo en los talleres es insano y monotonó. Es libre, es decir, que el labrador puede reposar cuando le place. El trabajo industrial, por lo contrario, es obligatorio, y el obrero depende de la máquina. En fin, el trabajo de la tierra es primordial, mientras que la industria no puede existir por sí misma y está subordinada á la agri-

cultura, sin la cual no existirían fábricas. Nuestros economistas saben ésto, y sin embargo, no por ello dejan de consignar que los labradores que emigran á las ciudades no echan de menos su antigua existencia, que abandonan sus aldeas por propia voluntad, hasta con entusiasmo, y que por consiguiente, todos los campesinos irán con el tiempo hacia los grandes centros, para poner sus brazos al servicio de la industria.

V

Es evidentemente absurdo hacer depender el bien de la humanidad, de aquello que más duramente hiere los sentimientos humanos; del trabajo abrumador y monotonó. A pesar de ello, los sabios han llegado á proclamar tal absurdo; los teólogos, por su parte, se habían visto lógicamente arrastrados á conclusiones monstruosas, que representaban á los esclavos y á los patronos como seres creados

para vivir en diferentes condiciones, y cuya desigualdad cesaría tan sólo en el otro mundo.

Tal error de los hombres científicos es explicable. Pertenecen en su mayoría á la clase rica, y tanto les placen las ventajas de su estado, que no pueden concebir la existencia de una sociedad que les rehusara sus habituales goces.

No quieren renunciar á los objetos de toda especie que halagan su gusto por la vida fácil y sensual, y cuya producción no sería posible, si las fábricas y los talleres desaparecían, tal como hoy están organizados. He aquí porque las reformas que proponen para mejorar la suerte de los obreros son tales que no variarían nada de la actual producción ni disminuirían el lujo de los privilegiados.

La escuela socialista es la que ha

adelantado más en la vía trazada por la ciencia. ¿Qué piden los socialistas? Que se reconozca á los obreros la propiedad de los medios de producción. Suponen, pues, que habrá siempre una producción sometida al principio de la división del trabajo, y que las fábricas que ya funcionan ó los establecimientos similares continuarán proporcionando á los hombres los mismos objetos, ó casi los mismos objetos que les procura la industria contemporánea.

Según ellos, todo ocurrirá como en lo pasado, con la diferencia de que ellos, y las gentes de su clase, no serán los únicos que gocen de las comodidades modernas, sino que todos los ciudadanos disfrutarán las dulzuras de una vida regalada. Se les antoja que después de la socialización de los medios de producción, todos los indi-

viduos de la actual clase productora, deberán participar del trabajo común. Pero en sus nociones confusas de lo que ocurrirá, suponen que ellos continuarán representando un papel preponderante sirviendo á la comunidad como dibujantes, sabios y artistas. No nos dicen quien querrá encargarse de la fabricación peligrosa de las sales de plomo, quien se sacrificará para cumplir las funciones de fogonero, de minero ó de albañil. Nos dan á entender que todas esas ocupaciones resultarán simplificadas por la aplicación de procedimientos perfeccionados, y que entonces, trabajar en las alcantarillas ó en las minas, resultará una tarea muy agradable. De tal manera nos representan las condiciones próximas de la vida económica sus obras de doctrina ó sus ensueños extravagantes á lo Bel-Amy.

Según la teoría socialista, los obreros desarrollando su espíritu de solidaridad, agrupándose en sindicatos, en asociaciones, organizando huelgas, tomando parte en las tareas parlamentarias, acabarán por apoderarse de todos los medios de producción sin exceptuar la tierra. Entonces estarán tan bien alimentados y vestidos, tendrán los domingos á su disposición tantos medios para distraerse, que no habrá nadie que prefiera á la ciudad y á una perspectiva de piedras y chimeneas, el ancho espacio de las campiñas, la compañía de los animales y de las plantas, ni al trabajo monotonó y maquinal del taller, el sano, variado y libre de la tierra.

Es ésta una hipótesis tan poco verosímil como la hipótesis presentada por los teólogos de un paraíso en qué los obreros serían indemnizados des-

pués de su muerte, con toda especie de goces, de la penosa existencia que arrastran en este mundo. Sin embargo, los hombres inteligentes é instruidos de nuestros días creen en las promesas de los socialistas, como los de otras épocas creían en el paraíso de los teólogos.

Preciso es que así sea; porque los sabios y sus discípulos y todos los hombres de la clase rica en general no pueden negar que todos los objetos que sirven para su comodidad, desde los ferrocarriles á las cerillas y cigarrillos, son producto del trabajo de sus hermanos, de un trabajo mil veces mortal. Se comprende que si querían continuar gozando de todos esos objetos sin participar á su producción, se les presentaba un dilema: debían reconocer que eran perversos, ó proclamar muy alto que lo que su-

cede es para el bien de todos en virtud de leyes necesarias. Tal es la causa psicológica que ha conducido á los sabios, á los inteligentes é instruidos—no hablo de los hombres de clara inteligencia—á afirmar con menosprecio de toda evidencia, de una manera tenaz, que los trabajadores deben abandonar una existencia alegre y sana, para ir á perder cuerpo y alma en fábricas y talleres.